

JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ

EN LAS RUINAS

Un jurado presidido por don Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por don Ángel Luis Gómez Blázquez y vicepresidente por don Ángel Luis Gómez y doña Imelda Fernández Rodríguez,

y compuesto por don Luis Mateo Díez, don Ángel García López, don Manuel Longares, don Luis Alberto de Cuenca, doña Fanny Rubio, don Ángel Basanta, don Santos Sanz Villanueva, don Ángel Luis Prieto de Paula, doña María Ángeles Pérez López, doña Care Santos, doña Pilar Adón, don José Ovejero, doña Cristina Linares, don Joan Tarrida, don Christian Linares, doña Penélope Acero y don Francisco José Maldonado, en su calidad de secretario del jurado,

otorgó a la presente obra el
XXXIV PREMIO TIFLOS DE CUENTO
convocado por la



JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ

EN LAS RUINAS

XXXIV PREMIO TIFLOS DE CUENTO


CASTALIA
EDICIONES

 edhasa



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de edhasa



Diputación 262, 2º1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

E-mail: info@edhasa.es

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Primera edición: mayo de 2024

© Ilustración de la cubierta: *Las ruinas de Eldena*, Caspar David Friedrich, hacia 1825.
Museo Georg Schäfer, Schweinfurt.

© de la edición: Juan Carlos Méndez Guédez, 2024

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2024

ISBN 978-84-9740-939-1

Depósito Legal B -7669-2024

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

*A Javier Rodríguez Marcos,
que abrió ventanas cuando todas parecían cerrarse.*

*A Freddy Castillo Castellanos,
que regresa en los sueños y me habla de poesía solar.*

«La casa,
ese depósito de ángeles todos yertos,
todos ya yermos y sin embargo cantantes».

Hanni Ossott

LA FELIZ PROMOCIÓN 1984

BERMEJO—: Lo vimos llegar la segunda semana. El uniforme le quedaba grande, pero no tenía ningún rasgo especial. Los profesores jamás lo presentaron, él tampoco hizo nada para que advirtiéramos su presencia. Apareció en el tercer pupitre de la segunda fila, tomando notas en su cuaderno como si siempre hubiese estado allí. Pero en la primera clase de inglés lo escuchamos hablar fluidamente con la profesora. Le preguntamos; nos dijo que su padre era de Nueva York; que él mismo había vivido allí hasta hacía poco. Era simpático, ocurrente, decía que estaba feliz de estudiar en ese liceo, por eso no le prestamos atención a Luisa Karina, la sifrinísima hija de embajador que había vivido siete años en Londres, cuando nos advirtió que el nuevo compañero tenía un acentazo trinitario. A las semanas él mismo nos dijo que sí, que su padre era de Puerto España, y no volvió a surgir el tema.

NOELIA—: Claro que era especial. Tenía una melena preciosa, castaña con reflejos rojizos. Parecía haber salido de un póster. Uno lo imaginaba de vocalista de un grupo de rock pesado. Él lo sabía. Llegaba a la cancha a saludarnos y se colocaba junto en el sitio donde el viento agitaba su melena. Sí me llamó la atención que se presentase como Gabriel, cuando en la lista de asistencias aparecía como Ranjid. Yo no se lo tuve en cuenta. Era el muchacho de la melenota que

tenía dos nombres, y listo. En ese momento ya se le daba muy bien eso.

LUISA KARINA—: Claro que me suena su nombre, pero no recuerdo nada de la fiesta de reencuentro. Nada de nada.

MARCO—: A Ranjid lo conocí poco. Leía unos poemas intensos cuando nos reuníamos en el taller; eran muy malos, pero tenían algo interesante: luego comprendí que tomaba textos de libros hindúes sagrados y les intercalaba versos de Celan. No recuerdo nada más de él, excepto que le presté las obras completas de Pessoa y nunca me las devolvió.

PAPADÓPOULOS—: Fue la mejor fiesta de mi vida. No tuve tiempo de prestar atención a Gabriel.

GUSTAVO—: Fumaba yerba, pero no iba de malote. Una vez, el grupito de la entrada quiso robarme el reloj, y él me abrazó, me llevó hasta la puerta y les dijo: «Éste es pana, éste es pana, déjenlo quieto».

ROBERTO—: Me suena, me suena ese nombre. ¿No es el que apareció en una escalera la semana pasada? Uno con una nariz horrible que parecía un pepino aplastado.

ABEL—: Gabriel hablaba un inglés excelente. Pienso que le teníamos aprecio porque era el proletario que podía competir con la insoportable de Luisa Karina, esa sifrina insufrible. Pero, en el resto de las materias, era bastante mediocre. Aprobó los tres primeros años porque siempre intercambiaba el examen con Gustavo. Cuando se descuidaba la profesora, él hacía un juego de manos y se quedaba con el examen del otro y le cambiaba el nombre. De todos modos, los profesores sospecharon de él. En cuarto año no lo dejaron inscribirse, le dijeron que buscase otro liceo.

MIYELI—: Le gustaba el baloncesto; lo vi muchas tardes jugando en la cancha. No era muy bueno, pero él pensaba

que sí. El caso es que, al principio, lo vi con los malotes que hacían deporte y fumaban en la puerta del liceo. Por eso me sorprendió encontrarlo también un día con los intensos que tenían un taller de poesía en la biblioteca; y lo mismo con los muchachos del centro de estudiantes, preparando panfletos contra los profesores. Si lo pienso, no tenía por qué ser extraño: hay gente que es capaz de moverse en muchos mundos, pero en él había algo perturbador, algo curioso. Quizás es por todo lo que se ha dicho después, pero me sorprendía verlo en tantos sitios a la vez.

NELSON—: Lo recuerdo. En el liceo le dieron una paliza varios de sus amigos. Nunca quedó claro si fue porque no pagó una yerba que le dieron o le quiso quitar la novia a uno de ellos o le dieron plata para que comprara unas botellas de whisky, desapareció dos semanas y volvió sin las botellas y sin los reales. Después me dijo que se cambiaría de liceo, que necesitaba nuevos aires y que tal vez regresaría a Nueva York, donde había vivido un buen tiempo.

LUISA KARINA—: Se la pasaba con unos libros de marxismo. Hablaba de lucha de clases y guerrillas y el libro verde de Gadafi. Usaba unas botas muy ridículas, como si estuviese a punto de irse a la montaña. Nunca quiso explicarme por qué hablaba con ese acento trinitario. Le conté que había vivido allí con mi padre un par de años, pero no soltó prenda. Igual es porque le dije que no me había gustado Trinidad; me pareció un país racista, xenófobo, pero aclaré que yo era pequeña, que igual me había llevado una impresión equivocada. Lo único que repitió sin dejar de mirarme los pechos era que la religión es el opio de los pueblos.

BERMEJO—: Sí me confesó un día que su padre no podía volver a Trinidad. Había estafado a alguien, creo. Salió en

los periódicos. Me lo confesó porque en ese momento insistía en que yo era su mejor amigo.

ABEL—: Coincidimos años después. Trabajábamos en Viasa. Fue simpatiquísimo. Me invitó a comer. Ciertamente que en ese momento ya se hacía llamar Rajid. Nunca me quedó claro de dónde salió ese nombre, pero más me sorprendió saber que tenía un grupo en la oficina, un grupo de gente con la que hacía meditaciones y viajes astrales y a la que le vendía ceniza sagrada traída de la India. No me tomé eso en serio. Pero allí lo querían mucho. Luego, un día, le vi puesto un reloj precioso que antes le había visto al jefe de personal, y una mañana lo descubrí conduciendo el carro del director de Administración. Debí de comprender que se estaba haciendo un tipo poderoso. Me pidió dinero prestado varias veces, y no se lo di. Lo habíamos pasado muy bien en el liceo, pero no me sobraba la plata. Unos meses después me echaron del trabajo. Siempre tuve la sospecha de que él tenía que ver con el asunto.

GUSTAVO—: En el liceo fue mi mejor amigo. Me pedía que lo llamase todas las noches para hablar de películas, de libros, de las asignaturas. También era muy amigo de Bermejo, es verdad. El que lo odiaba era Papadóoulos. Nunca supe muy bien por qué. Habían sido amigos, y luego se detestaban.

PAPADÓPOULOS—: Gabriel ganó un premio científico en el liceo. Hubo un tiempo en que estuvo con una bata y decía que quería ser biólogo marino, igual que yo, que dudaba entre eso y la economía. Entonces presentó un proyecto sobre las playas del Caribe y ganó el premio. Lo felicitaron. No le duró mucho la gloria, porque por sus notas lo expulsaron del liceo. Pero ganó ese premio. Era un trabajo mío, que le presté. Yo no pude presentarlo porque tuve hepatitis; cuan-

do volví al liceo, descubrí que se había robado mi idea. Se lo reclamé, y entre risas respondió que le había hecho aportes, que lo suyo era más completo. Mentira. El caso es que nadie me creyó.

NOELIA—: A mí sí me da mucha lástima que haya muerto. Ya estaba calvo, pero nunca olvidé esa mirada tan bella que tenía cuando éramos jóvenes.

BERMEJO—: Eso de que haya trabajado tan joven en una línea aérea me sorprendió. Parecía un poco perdido cuando lo echaron del liceo. Igual ascendió en su trabajo, y creo que lo habría hecho más si hubiese tenido estudios universitarios. Pero no consiguió plaza, creo recordar. Dijo que quizá se iría a Trinidad a estudiar, o a Nueva York. Que aquí le estaban negando su derecho a estudiar.

MIYELI—: Tuve que amenazarlo con mi papá. Le dije que era militar. Así fue como, años después, me devolvió una parte del dinero que le di para la entrada de ese apartamento en Miami que él me había vendido con la historia de que habíamos sido tan buenos amigos en el liceo. Yo caí por tonta. No recordaba que hubiésemos sido panas, pero el precio era genial. Luego no tuve apartamento y perdí una parte del dinero que le adelanté. Él pidió disculpas muchas veces; me dijo que, si no se hubiese lesionado, habría jugado con las Panteras de Miranda, que le habían hecho una oferta cuando estaba en el liceo, y hasta me mostró unas cartas del departamento de fichajes. Soy muy buena periodista: no me fue difícil comprobar que mentía. Lo del apartamento me pasó por ambiciosa y rependeja.

NELSON—: Cuando trabajé en el área administrativa de la universidad, sí tuve noticias suyas. Había conseguido plaza en Administración, pero nunca fue a clases. No pudo con-

firmar la inscripción porque le pidieron unos papeles y jamás los entregó.

MARCO—: Lo vi en la fiesta de reencuentro por los treinta años de graduación. No me gustan esas fiestas. Me pone melancólico ver que las muchachas buenotas del liceo ahora son señoras con tripa. Lo mismo les pasará a ellas. Verán un montón de calvos destrozados. Lo cierto es que Gabriel no se graduó con nosotros, pero fue a la fiesta, y era un calvo muy distinguido, muy bien trajeado. Le iba bien. Me ofreció un apartamento en Miami, pero yo me estoy divorciando, no tengo dinero para aventuras, y los poetas nunca tenemos ahorros.

GUSTAVO—: Claro que no podía entrar a la universidad. Jamás se graduó como bachiller. Me lo contó él mismo: en el otro liceo le faltaron un par de matemáticas y una de física. Pero necesitaba trabajar. Pasó por mi casa, y mi madre, que era peluquera, le hizo gratis un corte para que se viese más serio, más muchacho de oficina, y allí perdió su meleta roquera. Estaba muy agradecido, pero también se le notaba la angustia en la cara. Desesperado, me pidió mi título y lo usó para falsificar otro. Hizo una fotocopia, sustituyó mi nombre y puso el suyo. En Viasa le funcionó, pero en la universidad le pidieron una fotocopia con fondo negro. Allí se iba a notar la trampa.

LUISA KARINA—: Yo de esa fiesta no recuerdo nada. Lo siento. No suelo beber, y ese día me tragué como media botella de whisky.

MARCO—: La fiesta no estuvo mal. Me sorprendió ver que apareciese Rajid, o Gabriel, o como se llame. No se graduó con nosotros. Pero más me sorprendió que Papadóoulos y Luisa Karina se emborrachasen a esas horas. Los descubrí en

el jardín, medio desnudos, dándole con todo. Yo no lo sabía, pero soy un poco *voyeur*. Me quedé con mi whisky mirándolos, escondido en unos setos. Yo creo que él siempre estuvo enamorado de ella. Y la verdad es que ella sigue increíble; está mejor que en el liceo. Las otras, no; los otros no estamos así.

ABEL—: El muy descarado me saludó como si no hubiese pasado nada. Hasta me preguntó por qué me había ido de Viasa. Por lo que sé, renunció al poco tiempo de que me echaran. Creo que la esposa de uno de los jefes le metió una demanda porque el marido había puesto a su nombre un automóvil que originalmente era de ella, y a cambio él le había pagado con unas bolsitas de ceniza sagrada. No le hablé mucho en la fiesta. Él estuvo bailando con Noelia mucho rato.

GUSTAVO—: Sí, se fue del país varias veces. Primero estuvo en España. Intentó montar una cadena de comida rápida, pero no consiguió dinero. La jefa de personal de Viasa le prestó dinero y un apartamento; él tuvo que irse de la empresa porque le hicieron la guerra. Una historia ridícula con una ceniza que vendía, me parece. Pero esa mujer siguió siendo solidaria con él. Volvió de España, y también en su edificio le hicieron la guerra. Era el jefe del condominio y lo acusaron en un tribunal por un dinero que se perdió. Esa vez estuvo escondido en mi casa; un tiempo, no mucho. Mi esposa dijo que no le gustaba ese tipo. Luego estuvo en Inglaterra, pero no consiguió trabajo, y, al volver a Caracas, sí le fue bien, porque organizó unas excursiones a la India para hacer meditación. Pescó una buena platica con eso, pero al parecer una muchacha de esos grupos se suicidó y dejó una carta donde lo acusaba a él por un dinero que faltaba en su cuenta. Él nunca tuvo buena suerte. Siempre conseguía gente envidiosa que le inventaba historias. Lo de esos tiempos finales en

Nueva York lo conozco a medias. Nos reunimos, y me hizo unas asesorías antes de marcharse. Luego me mandó fotos. Se veía feliz.

SIMÓN—: Me dijo que trabajaba en Viasa, luego creo que lo dejó. Pero siempre venía al terrenito de mis padres y quemaba troncos hasta que se volvían ceniza. Luego los guardaba en un saco. Cuando supe que sacaba dinero por eso, le dije que partiéramos ganancias y ya no volvió. Pero supe que ahora lo hacía en un terreno cercano. No sé a quién vendía la ceniza. Era un tipo raro; se pintaba los ojos, y me dijo que era actor de teatro. No recuerdo que en el liceo fuera actor ni que se pintase los ojos. Pero la gente cambia.

MIYELI—: Yo todavía no sé situar al personaje. Sé que de vez en cuando aparecía por el liceo, incluso lo vi en la universidad, y me dijo que estudiaba Administración. Pero en otra ocasión me contó que hacía teatro con un grupo de la Escuela de Artes. Era como hueco, como si no tuviese nada propio: Marco estudiaba guitarra, entonces él se compraba una guitarra; Roberto decía que era bisexual, entonces él decía que estaría bien ser bisexual y se pintaba los ojos. Pero, por momentos, pienso que no era que los otros lo llenaban, sino que para él era más cómodo falsificar su vida y ser todos ellos y ninguno.

LUISA KARINA—: No sé qué habrá contado Papadóoulos, pero no me acuerdo de nada de la fiesta. Mucho menos que estuvo allí Rajid. Si dicen que estuvo, pues será cierto. En las fotos aparece, y yo hasta bailo con él, pero me dicen que fue sólo una pieza. No lo recuerdo. Tampoco recuerdo mucho a Papadóoulos.

NELSON—: Yo no lo vi. Quizás alguien comentó que había ido, pero no lo vi y no lo eché en falta. Los dos últimos años

no estudió con nosotros. Era una fiesta por la graduación. La que puede saber más cosas es Noelia, que lo adoró siempre. Yo creo que hasta brujerías le hizo en el liceo, porque una tarde, sin que él se diese cuenta, se puso en el pupitre de atrás y le cortó un mechón de pelo.

MARCO—: Claro que estuvo. Me ofreció ponerme en contacto con una editorial de Nueva York. Dijo que había seguido mi carrera poética. No le presté atención, porque comenzó a darme consejos. Estoy muy viejo para que un cretino me dé consejos. Me mostró en el teléfono unas portadas de libros que había publicado. No los conozco, y, cuando el tipo apareció al amanecer en esa escalera, me tomé el trabajo de investigar: no existen esos títulos ni la supuesta editorial que los tenía en su catálogo.

ABEL—: Le tuve siempre demasiado odio como para hacerle algo malo. No se jode uno la vida por un mierda.

PAPADÓPOULOS—: Me lo pasé muy bien en la fiesta. Mejor que nunca. No diré por qué. Lo que sucede en una fiesta se queda en la fiesta. No le presté atención a Gabriel. Tampoco era la primera vez que me lo encontraba. En la empresa, me habían enviado a Nueva York para cerrar unos negocios. Cuando entré a un despacho, lo reconocí: la cabeza le brillaba como una bola de billar, pero sin duda era él. No sé si soy muy agudo o esa antigua historia del liceo me hizo desconfiar. Era el asesor principal de los inversores con los que íbamos a trabajar. Lo escuché hablar mucho rato. Me sorprendió que alguien pudiese tomárselo en serio. Su informe era muy frágil, pero los documentos de respaldo parecían prometedores. Eran perfectos. Los estudié con detalle, y no había ni una fisura. A una persona menos acuciosa que yo le habrían servido. Pero noté que la principal referencia que

mostraba era una pequeña empresa con un nombre en hindi. Era una empresa muy seria, muy eficiente. Pero miré con calma, y el nombre no coincidía del todo; había una letra cambiada pero el nombre era tan largo que pasaba desapercibida. No conseguí nada concluyente, pero ese detalle bastó para que mis jefes detuviesen el negocio. De todos modos, creo que mucha gente le vendió productos y acciones a la gente de Gabriel. Todo pareció fluir al principio, pero luego se interrumpieron los pagos, y unas cuantas personas quedaron arruinadas. A mí me felicitaron mis jefes; me ascendieron. Por eso, al verlo en los treinta años de nuestra graduación, lo ignoré. Supuse que estaba en horas bajas, que había regresado para esperar que se borrara el escándalo.

LUISA KARINA—: Porque yo de la fiesta no recuerdo nada.

GUSTAVO—: Todavía conservo la ceniza que me regaló. A otra gente se la vendía, pero a mí me la regaló. Era una ceniza que materializaba un gurú de Puttaparti. Parece que da buena suerte. Lástima que él no la haya tenido.

SIMÓN—: Yo sé que años después lo estaban buscando. Primero, porque decía que era capaz de curar el lupus. Luego, porque le sacó mucha plata a una gente para curar a un señor de lupus, pero el hombre se murió. Yo les dije que apenas lo conocía. No me gustan los problemas. Menos mal que comenzó a hacer ceniza en otros sitios.

LUISA KARINA—: Lo más importante de todo es que no me acuerdo de lo que pasó en la fiesta de reencuentro. No me acuerdo de nada.

NOELIA—: Jamás he creído en brujerías. Soy católica, apostólica y romana.

MIYELI—: No soy quién para cuestionar lo que están investigando. Pero Rajid había dejado a su paso un montón de

víctimas. Treinta años de tropelías. Lo perturbador es que haya podido hacerlo alguien que lo conoció en la adolescencia, alguien que podía guardarle un rencor más bien minúsculo, mezquino. Es algo que me intriga del odio: cómo es capaz de sobrevivir tantos años, cómo en el odio a veces vale lo mismo que te hayan robado un bolígrafo a que tu hermana se haya suicidado al ver que le vaciaron la cuenta de ahorros.

ABEL—: Sí alcanzó a decirme que había hecho un posgrado en una universidad de Trinidad. Hasta me mostró en su celular el título. No sé para qué hizo eso.

LUISA KARINA—: Quizá deba volverme abstemia. No está bien que no me acuerde de nada de la fiesta. Dicen que Abel y Marco me recogieron del suelo y me montaron en un taxi. Qué vergüenza.

NELSON—: No deja de ser curioso que uno de los malotes amigos suyos ahora sea policía y esté llevando el caso. No recuerdo el nombre. Pero no estuvo en la fiesta. Nos despreció siempre, así que no creo que le interesase juntarse con nosotros; además estaba fuera del país, haciendo un curso en Alemania. Acababa de volver a Caracas. Pero hablé con él. Sí se acordaba de la paliza que le dieron a Gabriel. Ahora que me acuerdo, sí me dijo que la paliza fue porque estuvo un tiempo haciendo ver que era camello y le vendía talco a la gente como si fuese coca; y un día se la vendió a ellos, y sintieron que había jodido la amistad.

BERMEJO—: Yo no entiendo por qué no averiguan nada en Nueva York. Allí sí parece que dejó a un montón de gente esquilmada. Un asunto bien grave. Aquí no encontrarán nada importante; aunque dicen que treinta y cuatro puñaladas son muchas puñaladas, y dicen que eso no es profesional. Qué raro, ¿no?

GUSTAVO—: No apareció en esa escalera por casualidad. Vivió en ese edificio varios años, y sigue teniendo allí un apartamentico; pero los vecinos no lo dejaron entrar porque decían que había desaparecido con un dinero de la junta de condominio años atrás. Yo supongo que eso no es legal, pero lo dejaron durmiendo en la calle, y en esta ciudad eso es muy peligroso. Por eso se había ido a Nueva York. Noelia lo había puesto en contacto con unos conocidos suyos que tenían una inversora y ellos le dieron trabajo. Le estaba yendo bien. No debió regresar. Lamento mucho no haberlo alojado en casa, pero mi esposa no lo permitió. Pasan los años, y ella sigue diciendo que no es alguien de fiar. Quizá Gabriel estaría vivo a estas horas si se hubiese quedado en mi apartamento; bueno, el apartamento que estoy por perder. Hice unos negocios malos en estos tiempos, estoy un poco tocado. La muerte de Gabriel lo empeora todo. Estoy seguro de que él podría resolverlo. Casi siempre me dio buenos consejos.

NOELIA—: Jamás le hice brujería. No creo en esas cosas. Me caía bien. Y no le guardo rencor. Tampoco fue tanto el dinero que le presté para que se mudase a Nueva York. Tarde o temprano me lo pagaría. Ahora ya no podrá.

ABEL—: Lo que sí me hace gracia es que cuando trabajamos en Viasa yo le compré ceniza de la que él vendía. Dijo que eso me ayudaría a ascender en el trabajo. Qué pendejo.

LUISA KARINA—: La fiesta no la recuerdo, pero, aunque no me veo mucho con ella, sí creo que Noelia pensaba irse a Nueva York hace un tiempo. Dijo que la estaban esperando, que viviría en el propio Manhattan. Luego ya no habló más del tema. No puedo decir ni quién la esperaba allí, ni qué hice yo en la fiesta de reencuentro. No me acuerdo.

MIYELI—: Yo no cubro sucesos. Así que me enteré tarde. Pero me impresionó ver la fotografía. De hecho, no la publicamos, era espantosa. Tenía cuchilladas hasta en las orejas. No hubo un sitio donde no lo apuñalasen. No fui al entierro. Varios compañeros, sí; Gustavo y Bermejo, con toda seguridad, sí acudieron a la funeraria. Eran amiguísimos los tres en el liceo. Pero yo, no; tampoco estábamos tan unidos, y su supuesto negocio con el apartamento de Miami nos alejó todavía más.

BERMEJO—: Yo era muy amigo de Gabriel. No tanto de Gustavo. Gustavo siempre me ha aburrido mucho; me ha parecido un pendejo, dicho sea con todo el respeto. Yo le tenía aprecio al pana, pero, desde luego, no iba a hacerle los exámenes durante tres años. Y, cuando un día me vino con que me iba a enseñar a hacer viajes astrales, le dije que no, que esas güevonadas las hiciese con Gustavo; que no podía entender por qué si leía el *Libro verde* de Gadafi, era capaz de hacer vainas de meditación y rezar a dioses con muchos brazos, dicho esto también con mucho respeto.

NELSON—: La verdad, el policía que estudió con nosotros está investigando mucho el caso, pero no creo que lo resuelva. Parece que sí, que cuando eran amigos Gabriel recibió una paliza por un asunto de un talco. Pero hay algo más que voy recordando: la madre del policía le compró un montón de bolsitas de ceniza en esos años del liceo; la señora era alcohólica, quería curarse, parece. Pero, claro, no se curó. Se mató en un carro, borracha; llevaba unos símbolos del Om con ceniza dibujados en las plantas de los pies. Gabriel le había dicho que así no entraría nunca más en un bar. Vainas de la gente. Menos mal que no vi a ese tipo en la fiesta. Igual lo vi, pero no logré reconocerlo. Parece que ahora estaba

completamente calvo. Y pensar que le quedaban apenas cuatro días de vida cuando estuvo allí...

SIMÓN—: Me pregunto si ahora que está muerto la gente querrá volver a comprar esas cenizas que vendía hace muchos años...

MIYELI—: Hay dos cosas que no se han publicado y que me impresionan mucho. Hablé con el policía encargado. Su cara me suena. Él dice que estudiamos juntos. Quizá. Pero estoy convencida: no tiene interés en resolver el caso, sólo mucha curiosidad.

LUISA KARINA—: No pienso beber nunca más whisky. Nunca más. Yo creo que el whisky es el problema.

ABEL—: Si no hubiesen matado a Ranjid, hasta graciosa me parecería Luisa Karina llamando a cada rato para que yo advierta a todos que ella no se acuerda de qué hizo la noche de la fiesta. Qué ladilla esa mujer. Pobre Papadóoulos. Si hasta la llevó en brazos al taxi y verificó que entrase en su casa.

MIYELI—: No se ha dicho y quizá nunca se diga, pero la policía encontró en el cadáver de Gabriel un mechón de cabellos castaños. Lógico, pensaron que se los había arrancado al atacante. Hicieron las pruebas de ADN, y eso es lo alucinante: eran cabellos del propio Ranjid. Cabellos de un hombre que ahora es completamente calvo, por lo que la conclusión es que quien lo mató los colocó en la palma de su mano, y era alguien que los conservaba desde treinta años atrás. Lo otro es que en su chaqueta encontraron tres pasaportes de Vanuatu, un pequeño país del Pacífico que vende sus pasaportes a gente con problemas para moverse por el mundo. En los tres estaba una fotografía reciente de Ranjid, pero aparecían distintos nombres. Los pasaportes tenían los nombres de Gustavo, Bermejo y Papadóoulos. No se lo he

comentado a ellos, pero, en cierto modo, esa noche también los mataron en una escalera.

ABEL—: Era un hijo de puta, pero por algún motivo inexplicable, es posible que haya dicho algo perturbador; quizá fuimos muy felices esos años, aunque ha pasado demasiado tiempo como para recordarlo. Ahí coincidí con él. Rajid siempre repetía una frase y esa noche volvió a decirla en la fiesta: «Nunca fui tan feliz como en los años del liceo». Nunca más. ¿Al menos eso sí sería cierto?

LA ROSA BLANCA

—¿Sabías que pronto estallaría la guerra?

Busco en la rosa la rosa. Al fondo de sí misma, de su color, a veces niebla, a veces nube. Rosa brillando dentro de una botella.

«Mucho antes de esos días finales en Madrid», (dijo ella), «veíamos la rosa en los jardines de Biarritz, la veíamos en La Guaira o en La Habana, la rosa siempre que yo esperaba sin saberlo. ¿Y la guerra? Sí. Podía olerse. Cada segundo de esas semanas, en los ruidos de la calle, en las mañanas cuando bajaba al bar y pedía un café».

Miraba entonces a los hombres que se gritaban para contarse los asesinatos de la noche anterior. Entonces, yo suspiraba. ¿Qué sucederá con dos mujeres solas en esta ciudad si estalla una guerra? Así mis sonrisas: al camarero, a la muchacha de la cocina, a los parroquianos. Siempre con prisa, porque arriba, en su habitación, Thérèse tosía y tosía, taladraba su cuerpo como si la enfermedad fuese un roedor que la iba royendo.

Y yo pensaba en la rosa sin pensarla. Me secaba el sudor del rostro, sonreía, volvía a sonreír, buscando la familiaridad de aquellas personas. Necesitaba una mirada cómplice, una voz y una silueta a la que acudir si los rumores se hacían ciertos y la muerte se volvía loca y comenzaba a correr desnuda por las calles.

Porque la muerte del piso en el que vivíamos era sutil, lenta, paulatina; era otra muerte en la muerte: Thérèse y sus tos, Thérèse y sus dolores y quejidos. Lo juro. Ya no cabía más muerte en mi cabeza.

—¿Ella siguió escribiendo hasta el final?

«No», (respondió ella sin mirarme al rostro). En el sanatorio de Fuenfría sí lo hizo con frecuencia. Tomaba notas, pequeñas notas, como si fuesen telegramas. Le costaba respirar, y su escritura comenzó a respirar de ese modo, a saltos, en pequeñas frases, a veces sólo una palabra. Ideas brillantes. Chispazos. Pero ya sin fuerzas para extenderse.

Al venirnos a Madrid, lo intentó una o dos veces, pero el pecho le saltaba, la aturdía el dolor de cabeza. Ella se convirtió en una fiebre continua, y, aunque yo le dejé el cuaderno muy cerca de su cama, jamás volvió a tocarlo. Comprendí que ésa era su renuncia final. Mientras siguió escribiendo había un hilo muy tenue que la ataba al futuro. Pero ya no. Callar. No respirar. No escribir. Por eso cada mañana yo miraba el cuaderno, con la esperanza de que lo hubiese retomado, y allí permanecía intacto. Y eso que en ciertos momentos me decía que le gustaba la fiebre, porque en la fiebre encontraba sorpresas. «A medianoche vi varios caballos dorados dando vueltas por la glorieta de Cuatro Caminos», murmuraba. Yo le apretaba la mano, le pedía que escribiese esa imagen, me acomodaba mejor la falda, respiraba hondo, le hablaba de planes imposibles, nos iremos, nos iremos una temporada a La Palma, para que nos llegue el sonido del viento entre las plataneras, para que te bañes en el mar y durmamos siestas muy largas. También le contaba que Gallimard estaba próxima a publicar la traducción de mi libro, que iríamos otra vez a París para celebrarlo, y ella asentía.

Hermosa, vencida, con unas ojeras que le cubrían la mitad del rostro y musitaba: «Mi cabra linda, mi cabra linda».

Pero ese letargo era preferible a los quejidos de las noches, a los sonidos de piedra de su respiración, a sus lamentos sin nombre ni lugar, mientras al fondo se escuchaban disparos, y gritos, y amenazas, y de ese modo yo imaginaba que al día siguiente en el bar los hombres volverían a contar que habían aparecido muertos tres comunistas por la calle Hernani; que a dos falangistas los habían baleado en la calle Jaén. Así pensaba en la rosa sin pensarla, sin saberla, con la vacilación del aire que Thérèse iba olvidando respirar.

—¿Escribiste esos cuentos para ella en Madrid?

Se los leía cuando le costaba levantarse de la cama. Pero no en Madrid. Lo hice en Suiza, cuando estábamos en el sanatorio de Leysin. Cinco años atrás.

Ella iba a sus tratamientos por la mañana, y yo trabajaba en las terrazas para poder leérselos en la noche.

Thérèse me miraba atenta, daba consejos, sugerencias, hacía preguntas; todavía en ese momento estaba hermosa; un poco pálida, pero muy hermosa. Yo estuve siempre a su lado. Me mudé con ella al sanatorio pese a las advertencias de algunas amigas que me decían que era peligroso vivir rodeada de enfermos. Alguien de su familia estuvo con nosotras unos tres días, luego nos quedamos solas.

Las últimas semanas en Madrid me insistía en que también publicase esos cuentos en español. Esas historias también debían sonar en la lengua en que yo las había leído para ella. Debían tener el aire, la rosa, el aire que en ella faltaban; el aire de tantos viajes que hicimos juntas.

Los momentos finales fueron terribles no sólo por su estado, sino porque nada nos salía bien. Nos fuimos de Fuenfría.

Los médicos ya no ofrecían esperanzas. Vivimos en un apartamento que había usado Neruda, pero que por alguna desconocida razón estaba lleno de botellas. Yo las iba quitando de a poco, las iba tirando, pero parecían multiplicarse. Nunca supe por qué había tantas botellas en ese lugar. A Thérèse eso la angustiaba mucho; cuando le subía la fiebre comentaba que los caballos dorados tropezarían con ellas, se harían daño, se romperían los cascos y las patas.

Las fui quitando poco a poco. Le contaba a ella mis progresos, pero durante el día ninguno de esos detalles parecían importarle. Ya se lo dije, hablaba poquísimos, y admito que me aliviaba porque así no tenía que explicarle los tiroteos de las madrugadas, las noticias alarmantes de la radio. Así tampoco debía comentarle sus delirios febriles de la noche, como esa vez que nombró a Lorca y dijo que lo estaba viendo, que era increíble lo asustados, lo brillantes que se le veían los ojos al contemplar una sesión de santería en La Habana.

Thérèse se estaba extraviando; tanto, que ahora recordaba historias que yo había vivido sola, como esa sesión a la que llevé a Federico y de la que él salió feliz, lívido. Thérèse se estaba vaciando; tanto, que ahora se valía de mis propios recuerdos para no quedarse hueca del todo.

—¿La conociste en La Habana?

La vi en La Habana por primera vez. Simpatizamos mucho, aunque en esa ocasión yo me sentí muy torpe a su lado. La belleza de Thérèse quitaba el aliento, era un espanto ver a los hombres rodeándola como moscas, boquiabiertos al escuchar su brillantez, su inteligencia, su ironía. Thérèse tenía mucho mundo. Al conocerla, me sentí turbada, y hablé mucho, le hablé con entusiasmo de todos mis proyectos, de mis investigaciones, de los libros que deseaba escribir. Ella era el pre-

sente, y para sentirme cómoda a su lado subrayé todo lo que yo sería en el futuro.

Fue amable conmigo, muy cordial y a la vez muy coqueta; entre sonrisas me dio su tarjeta para que la visitase en París cuando al fin viajase a Europa, yo le di la mía y en un acto de audacia le escribí al lado de mi nombre: «Para que no me olvides».

Recuerdo que prometió llevarme a una sesión de mesas parlantes; eso nos encantaba, y así lo hizo. Fue impresionante.

Desde París nunca más volvimos a separarnos. Ella era la reina de cualquier lugar al que llegase; la más informada, la más palpitante, la que congregaba las miradas de admiración. El mundo en esos años se rendía a sus pies, porque sus palabras estaban llenas de aire fresco. Cuando pasamos esas últimas semanas en Madrid, no sólo le costaba respirar y hablar, también ese mundo de amistades, de fiestas, de invitaciones se había evaporado. La gente ama la belleza, pero le aterra la enfermedad. Thérèse era un saco de huesos, unos ojos que sobresalían del rostro. La gente ama la belleza, pero desprecia como una traición a quien termina por extraviarla.

Yo lloraba en silencio cuando Thérèse perdía la conciencia. A veces llegué a comentarle las rosas tan bellas con las que paseábamos por París en primavera, y quizás en ese recuerdo palpitaban muy ocultos el reproche, el cansancio, la desolación de este nuevo tiempo.

Somos extrañas las personas. Hubo momentos cuando pensé que su dolor era un acto injusto que ella cometía con nosotras. Habíamos recorrido el mundo para pasear juntas, para escribir y ser felices, y ahora estábamos rodeadas de botellas en una ciudad terrible en la que cada noche aparecían